

Celebra sus 20 Torruella

Y para conmemorar las dos décadas de vida profesional, el escultor abre su nuevo taller.

Por Tatiana Pérez Rivera / tperez@elnuevodia.com

Villa Palmeras tiene un nuevo vecino. Un escultor se ha mudado al edificio de tres pisos que antes albergaba una imprenta. Cuando ese escultor sube las escaleras de su casa creativa, cada mañana a las siete, se siente en paz. “Aquí se puede crear tranquilo”, dice Luis Torruella saboreando aún el descubrimiento del lugar.

La decisión de adquirirlo requirió reflexión -además de bastante suma y resta- pero Torruella se obsequió un taller ahora que celebra dos décadas de labor como escultor. El primer piso está destinado al trabajo de soldadura, el segundo a su oficina, un área de exhibición y de pintura y en el tercero, al aire libre, espera dar clases de arte a los vecinos en un futuro cercano.

sondeo

¿Cree justo que se utilice a Vieques como estrategia política para las primarias presidenciales demócratas en la Isla?

Sí

No

opinar

“Si no fuera optimista no estaría en este negocio”, puntualiza Torruella quien ha aprendido a vivir del arte en Puerto Rico. “Necesito saber que estoy esforzándome, buscando nuevas ideas. Si luego de 20 años el proceso de crear es igual de fácil estás haciendo algo mal. Hay que empujarse en direcciones que te incomoden”.

Cada día le confirma que lo mejor que le pasó mientras estudiaba matemáticas en una universidad estadounidense fue el curso electivo de escultura básica que le abrió los ojos a otro mundo. Sus padres, ambos profesores universitarios, entendieron su nuevo norte luego de un breve silencio en la línea telefónica.

Su ego de recién graduado estrella aprendió de paciencia, disciplina y sacrificio en talleres de otros escultores y en fundiciones en Estados Unidos. En la Isla fue mesero cuando abría el restaurante Yukiyú, donde ubicó algunas piezas que llamaron la atención de una comensal. Era Maud Duquella,

de Galería Botello y así nació una relación profesional que se extendería por 13 años.

“Ella es mi segunda mamá, fue una delicia trabajar con ella. Tener una buena guía al principio hace toda la diferencia del mundo”, opina el creador de piezas a gran y pequeña escala además de objetos funcionales.

Sin un centavo y en busca de espacio para trabajar, Torruella asistió de oyente a las clases en la Universidad de Puerto Rico del experimentado escultor Pablo Rubio quien le permitió utilizar el taller. De ahí salieron las primeras 12 piezas que presentó en una exhibición. Vendió diez, adquirió confianza y entonces compartió estudio con otro artista detrás del antiguo Centro de Convenciones. “Eran \$300 al mes de renta y lo pensé 700 veces”, rememora entre risas.

Para ese tiempo ya emulaba a otros compañeros de gremio y ofrecía clases de escultura en un colegio de Condado. “Así se es artista en Puerto Rico, empezando con otro trabajo. Terminé a cargo del Departamento de Escultura y fue bien buena experiencia”, reconoce.

Otra mudanza, a la Parada 18 en Santurce, lo mantuvo 11 años en otro taller ajeno hasta que llegó al suyo en Villa Palmeras.

“Cuando uno estudia arte no piensa en el concepto de trabajar solo”, asegura, “ahora podemos tener hasta cinco empleados y hay que responder por ellos. En el camino uno aprende de eficiencia, de contratos, a llamar a un cliente y a mercadear tu trabajo”.

La crisis económica en la que está sumido el País no lo tomó desprevenido. “En este negocio hay que buscar oportunidades dentro y fuera del País”, exhorta Torruella quien al momento mantiene relación profesional con Obra Galería en la Isla, cuenta con otra galería en Atlanta, tiene agentes en Estados Unidos y en Hong Kong tiene piezas en el Hotel Harbourview Suites.

Acceso a la creatividad

Torruella ejercita modos diversos de acceder la creatividad. “Mantener tu condición creativa es un proceso deliberado de entrenar como para un maratón”, indica, “y la mejor manera de aprender es con errores. Si una pieza no te sale, la clave es tener la confianza de que a la larga te va a salir. Por lo general, las piezas que más te pelearon son las que mejor quedaron”.

La relación del escultor con sus obras es estrecha. De diez dibujos, a mano y en computadora, salen tres o cuatro ideas de las que insiste en realizar maquetas de cartón. Lo próximo es el trabajo de taller. La edición es constante y se detiene cuando la pieza lo ordena.

“Soy de filosofía ‘hands on’, estoy bien metido en la fabricación y lo disfruto. Si pagas buen dinero deberías poder pensar que estuve allí sobando la pieza. Me gusta hacer obras inteligentes y bien fabricadas”, asevera el artista que piensa seguir incorporando la madera con el aluminio en piezas que podrían exhibirse en el 2009.

“El mundo del arte es rarísimo y los coleccionistas en todo el mundo de momento te suben y después te bajan. Hay que tener talento pero hay algo de suerte también. Ya aprendí que yo controlo

lo que pasa dentro de este edificio y el resto cae en su sitio”, culmina Torruella, rodeado de fotos de todas sus felices mujeres: su esposa Mayleen, sus hijas Lara, Natalia y Eva y su perra Olivia.
